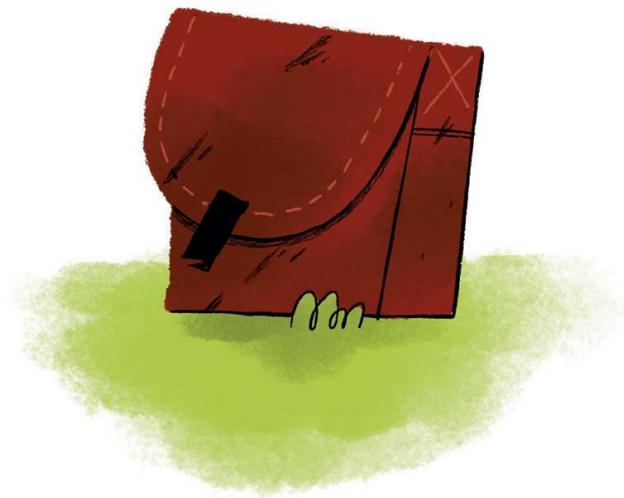


Willa la guerrera aventurera

Romina Naranjo

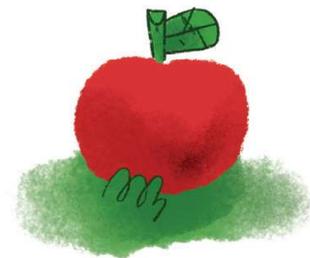
Ilustraciones de
Lourdes Navarro

Bilenio Publicaciones



*“Recuérdalo, pequeño,
que nadie nunca
ose robarte tus sueños”*

La historia interminable.
Michael Ende.



A los niños de mi vida,
a los que enseñó.
De los que aprendo.
Y a mis hermanos, que
llegaron para recordarme
que nunca deje de
creer en los cuentos.

Romina

A Diana, espero
que un día disfrutes de
esta historia igual que he
disfrutado yo dibujándola.

Lourdes

Érase una vez...

¿Te imaginas un lugar de cielos tan azules, nubes tan blancas y esponjosas, árboles tan altos y frutos tan brillantes y apetitosos, que el aire mismo olería a fresas y limones?

¿Y el viento? ¿Puedes sentir una brisa tan agradable, que su susurro entre las hojas parece la música de una orquesta tocando la flauta?

¿Puedes cerrar los ojos y soñar con un sitio donde los animales son tan felices y están tan alegres, que son amigos sin importar su especie? ¿Donde las personas se llaman todas por su nombre, los niños juegan y hasta la lluvia sabe bien?

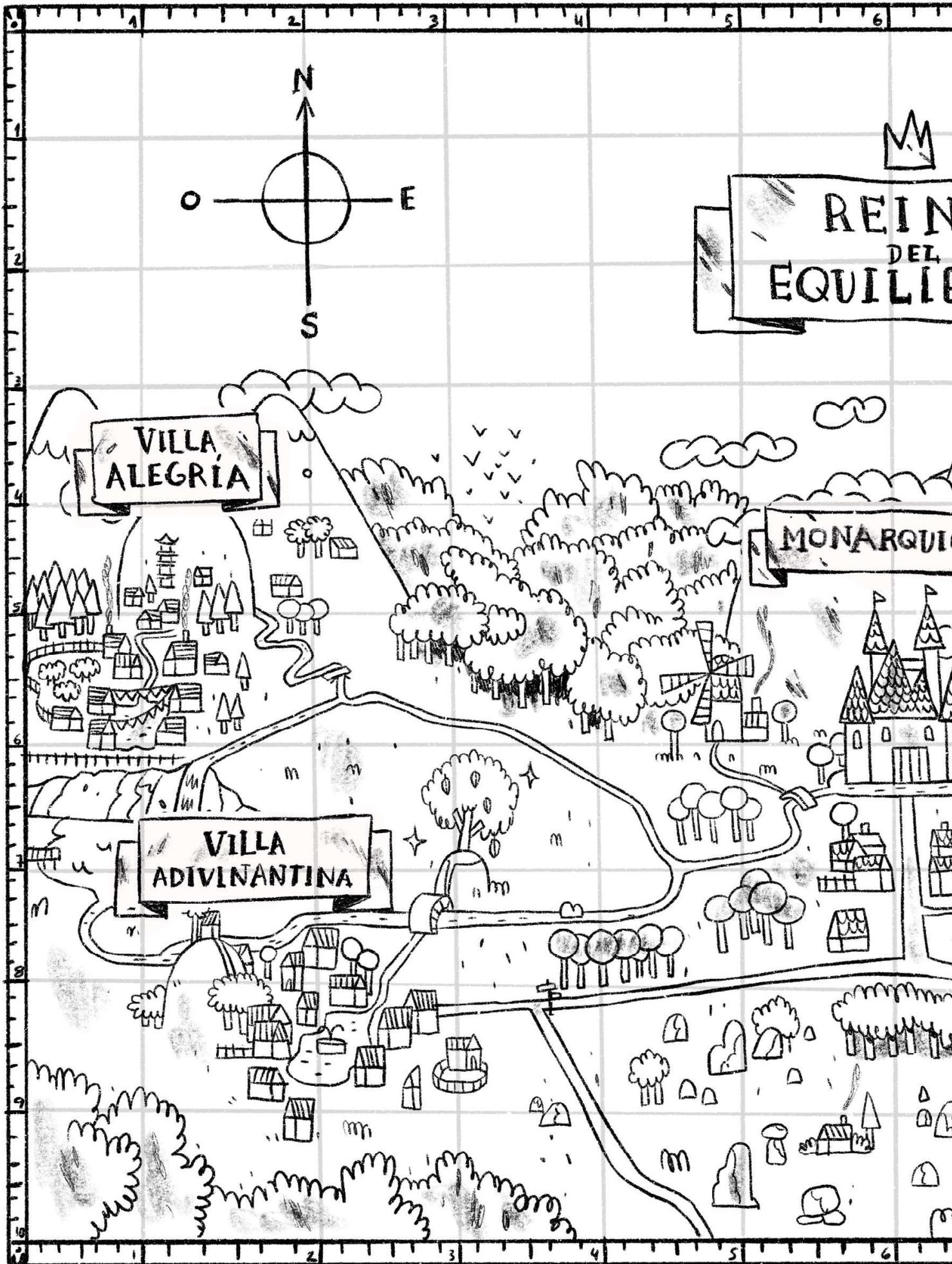
Pues así es el Reino del Equilibrio. El mejor lugar del mundo para vivir.

Y también, el más mágico, misterioso y lleno de sitios increíbles que, a buen seguro, no has visto nunca.

Y estas, son algunas de las historias que puedes encontrar en él...

...si decides vivir la aventura de visitarlo.

Romina Naranjo



REIN
DEL
EQUILIBRIO

VILLA
ALEGRIA

MONARQUIA

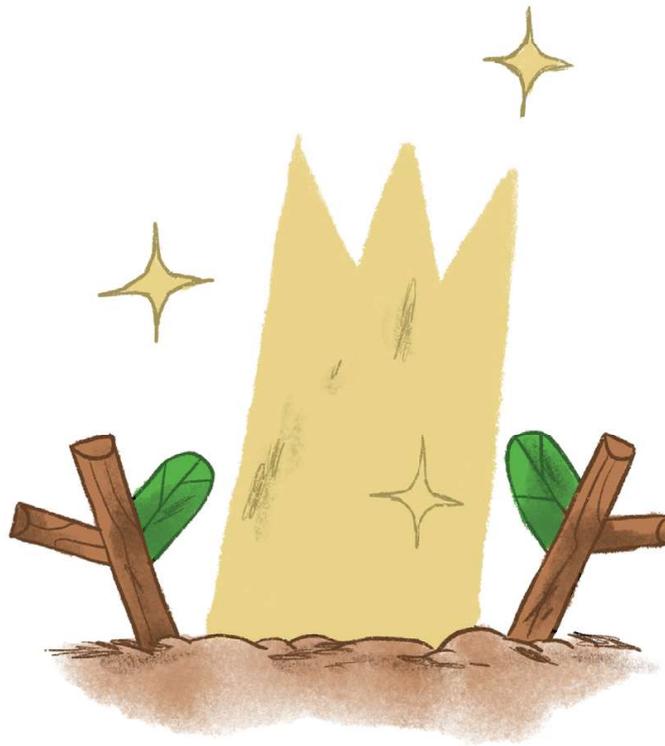
VILLA
ADIVINANTINA


INO
 DEL
LIBRIO


REINO
SALUDABLE



El príncipe Sagastín



El Reino del Equilibrio tenía el mismo número de valles que de montañas, los mismos ríos que praderas, se contaban por igual las aves que los peces, llovía tantos días como hacía sol y las vacaciones duraban lo mismo que las jornadas de trabajo. Si brotaban dos flores rojas, al siguiente amanecer un par de azules nacerían. Todo era limpieza y felicidad, pues allá donde se mirara abundaban la amistad y la paz.

En ese lugar tan maravilloso vivía Sagastín, el hijo del rey.

Sagastín era un joven larguirucho, con el pelo rizado de un fuerte color naranja y sonrisa contagiosa que conocía por su nombre y oficio a todos los vecinos del Reino del Equilibrio.

A menudo, paseaba por las calles empedradas, cruzaba el puente admirando el azul de las aguas y deambulaba por las calles y tiendas

saludando con la mano a todas las personas con las que en su camino se cruzaba.

—¡Buenos días Bony! —le decía a la pastelera cuando ésta ponía sus tartas a enfriar en el alféizar de la ventana—, ¡qué aroma más delicioso!

—Enviaré algunas a palacio, Sagastín, ¡nunca se tiene demasiado pastel de manzana en reserva!

Más adelante, y reforzando las enormes aspas del molino que surtía de grano y harina a todo el Reino del Equilibrio, se detuvo Sagastín a alcanzar una herramienta al carpintero, que le saludó quitándose el sombrero mientras subía una altísima escalera.

—Bonito día, muchachito —le dijo, clavando con pericia unos clavos dorados—. Jornada perfecta para un trabajo duro y eficiente.



—Buenos días Rufus, ¡qué maravilla de reparación! Este molino vivirá con nosotros doscientos años más.

—¡Eso pretendo! —respondió el carpintero, desde lo alto—, ¡que vea las generaciones pasar sin un rasguño!

Sagastín se detuvo a charlar con Otín el carnicero, y observó con asombro cómo afilaba sus cuchillos, pasó ante Magda la florista y también saludó al callado barbero, que siempre parecía estar sumido en profundos pensamientos.

—Ya veo que tienes muchos visitantes hoy Marchant, tus peinados son requeridos por todo el reino.

El hombre, que simplemente hizo un gesto con la cabeza, no le respondió. Siguió afilando sus tijeras de cortar y su navaja de afeitar. Izquierda. Derecha. Derecha. Izquierda.

Bueno, pensó Sagastín con una sonrisa, ¡no siempre se podía estar de buen humor! Aunque él, raro era el día que amanecía triste. Después de todo, ¿quién no reiría si vivía en el mejor lugar del mundo?

La perfección del Reino del Equilibrio era tal, que su rey, un hombre tan bueno como justo y tan listo como simpático, decidió que era momento de retirarse a descansar y dejar el mando y gobierno de tan agradable lugar en manos de su hijo, el Príncipe Sagastín. Además, ¡se pensaba jubilar en la playa!

Una mañana, el rey llamó a su hijo a la sala del trono, y después de bajarse de su silla de monarca, le comunicó su decisión.

—Es hora de que te encargues del pueblo y sus gentes como Príncipe heredero, Sagastín. Yo soy viejo y trabajé ya tantos años, que merezco pasar los que me queden reposando. Tu momento ha llegado.

—Acepto la tarea con orgullo, padre. Aunque no creo que pueda ser tan buen rey como fuiste tú.

—Con tiempo mejorarás —le dijo su padre con una sonrisa de confianza—, conoces a tus gentes y les demuestras afecto. Eso es lo más importante. Para todo lo demás, apóyate en los consejeros, ellos te guiarán con su experiencia.

Aunque muy joven, Sagastín era un muchacho inteligente. Aprendió de su padre a escuchar a su pueblo y respetar las opiniones de todas las personas, desde sus consejeros reales hasta los comerciantes y vendedores del mercado, pues todo el mundo en el Reino del Equilibrio aportaba siempre buenas ideas para hacer del país, un lugar aún mejor.

El Príncipe estudiaba mucho, conocía además los nombres de todos los reinos vecinos, y tenía buen trato con los gobernantes que, como él, tenían la responsabilidad de que el país que regían fuera rico y próspero para todos los que en él vivían. Era importante, pues cada reino surtía a los demás de sus mejores materias primas, por lo tanto, tener una relación de trabajo cordial era muy necesario.

Así, era amigo de los monarcas del Reino del Barro, comía cada domingo con los príncipes del Reino de Piedra y, a veces, invitaba a dar agradables paseos a la princesa del Reino del Cemento.

Se construyeron puentes y carreteras, se levantaron torres y los caminos surcaban los

campos, ¡todos tenían algo que aportar! Colaborar era bueno, bien lo sabía Sagastín, pues solo así la bonanza y alegría perduraría entre su pueblo para siempre.

Con la seguridad que las enseñanzas de su padre le daban, Sagastín ocupó su lugar como Príncipe del Reino del Equilibrio, y durante muchos meses, las cosas fueron tan bien como siempre.

Hasta que un día aciago, y sin que nadie lo esperara, todo cambió.

De repente, las gentes empezaron a caer enfermas, los niños apenas jugaban, los ancianos, acostumbrados a largos paseos, no abandonaban sus casas. Comerciantes y artesanos, hombres y mujeres, parecían exhaustos para llevar a cabo sus oficios.



Nadie tenía fuerzas. Nadie sonreía.

Nadie estaba contento ni era feliz.

El Reino del Equilibrio, dejó de ser el mejor lugar del mundo para vivir.

El conflicto y la tragedia llegaron, y el Príncipe Sagastín, confundido y sin saber qué hacer, cayó sentado en su trono, lleno de tristeza y pesar.

¿Qué pensaría su padre, que tantos años había reinado y mantenido la tierra de verdes valles y azules aguas en paz? ¿Qué sería de las gentes, que vivían alegremente, confiando en que él, desde su palacio, les mantuviera a salvo?

—¡Majestad, es una catástrofe! —gritaban los sirvientes por los pasillos.

—¡El Reino nunca se repondrá! —decían las cocineras, cuyos guisos eran cada vez más amargos.

—Pero, ¿qué pasó? ¿Por qué tanto pesar en nuestro hogar? ¿Qué nos hace tan infelices? ¡Decídmelo, decídmelo!